

Paulo Freire

GONZALO BLANCO NOZAL

No es necesario insistir sobre lo obvio: Paulo Freire representa una de las corrientes pedagógicas contemporáneas de mayor fecundidad. Ofrece dificultades de adaptación a la práctica escolar normal (o normalizada) por diversas razones. En primer lugar porque sus experiencias y las reflexiones teóricas y sistemáticas elaboradas en torno a ellas se han realizado sobre adultos. Y adultos en circunstancias muy especiales: poblaciones del tercer mundo, sometidas al desamparo social absoluto. En segundo lugar — íntimamente relacionado con la anterior — porque los supuestos doctrinales de su pedagogía no son neutros. Llevan una carga política precisa, exigen una opción explícita por parte del educador. Por último, el desarrollo, los métodos, los objetivos finales de una tarea educativa a lo Freire, pasan por la escuela, pero la desbordan ampliamente. Su empeño didáctico recae, no sólo en última instancia, sino de forma bastante inmediata, por exigencias del mismo método, en la sociedad donde se halla la escuela, en sus estructuras, en sus comportamientos. Desde este ángulo no es solamente una pedagogía, sino un proyecto global, un diseño utópico, en el buen uso que suele darse a esta palabra en un contexto de cambio radical de la sociedad. Por todas estas razones, Freire despierta fobias y devociones precipitadas. Se le rechaza injustamente o se le canoniza en cualquier experiencia escolar, sin traducción ni mediaciones, haciéndole desembocar contra él y contra sus verdaderos planteamientos, en algo muy parecido a la demagogia.

I.—Origen y práctica pedagógica de Freire

Es brasileño, nacido en Recife (1921), licenciado en Derecho en la Universidad Federal de Pernambuco, en cuyo Departamento de Educación y Cultura inició las primeras experiencias de pedagogía social. Posteriormente, en 1961, más esclarecidas teóricamente y más sistematizadas, se convirtieron en un ambicioso proyecto para extenderlo oficialmente a todo el país. Constituían un éxito espectacular de erradicación del analfabetismo y ocurría en los tiempos liberales del gobierno Goulart.

Poco después empezaba a comprobarse que los «pacientes» de esta pedagogía no sólo aprendían a leer y escribir, sino también a pensar, a «pronunciar» palabras incómodas acerca de la realidad en que vivían. En la región situada al nordeste de Brasil, donde transcurría la experiencia, sobre una demografía de más de 25 millones de habitantes, donde aproximadamente 15 eran analfabetos, una pedagogía de este tipo obtenía algo más

que resultados didácticos. Se convertía en una poderosa fuerza de movilización y concienciación política. A la caída de Goulart, Freire fue fulminantemente desautorizado, pasó tres meses en la cárcel y se exiló al Chile de Frei, donde continuó la experiencia.

Tras la convulsión de Chile, el pedagogo brasileño se incorporó al Departamento de Educación del Consejo Mundial de las Iglesias, a través de cuya plataforma continúa sus trabajos y elaboraciones. La «Unesco» ha asumido sus aportaciones. Y desde el Centro Internacional de Documentación de Cuernavaca (México), en colaboración con Illich y Fromm, ha generado multitud de encuentros y reflexiones escritas sobre la misma temática. Actualmente dirige y protagoniza una experiencia educativa en Guinea - Bissau.

II.—Las líneas pedagógicas de Freire

—Frente a educación «bancaria», educación problematizadora. Como todos los pedagogos

lúcidos, Freire se opone a una enseñanza consistente en la transmisión de contenidos que se reciben y aceptan pasivamente. «Depositar» o acumular lecciones en el cerebro de los alumnos no es educar, sino todo lo contrario. En primer lugar, porque esas enseñanzas no las produce una sociedad neutra, sino una sociedad cruzada por injusticias y desequilibrios, cuyos contenidos no hacen más que perpetuarla. Y, en segundo lugar, porque no despiertan ni desarrollan la principal dimensión humana: su capacidad crítica, su imaginación. Como decía Piaget, siempre que se enseña una cosa, se priva a alguien de la oportunidad de inventarla o descubrirla. Lo contrario es una educación problematizadora. Porque problemas, al fin y al cabo, es el nombre real de las preguntas. En cuanto que atañen al individuo y su condición. En cuanto que están conectados con otra más amplia red de problemas que es el entramado social del hombre en relación con los demás hombres y con la naturaleza.

za. Y problema, en definitiva, es la realidad última del hombre, en cuanto que su existencia está siempre por resolver; en cuanto su proyecto nunca es acabado y solucionado.

—*Frente a una conciencia mágica, una conciencia crítica.* Conciencia mágica o conciencia ingenua es en la concepción de Freire el modo habitual de entender la realidad y responder a ella. La información sobre la realidad de lo que pasa, los juicios valorativos, las concepciones sobre el mundo, la vida y la sociedad, las respiramos como el aire, transmitidas de generación en generación, se deslizan espontáneamente desde la mesa del educador a la cabeza de los alumnos. Configuran la vida, afirman la sociedad, la congelan y la mantienen.

Frente a ese modo ingenuo, es necesario provocar siempre como si fuera por primera vez, el encuentro con las cosas y las preguntas. Flexionarlas y reflexionarlas dentro de uno mismo. En este sentido lo que Freire llama temas o palabras «generado-

res» desempeñan un papel esencial. Cada cuestión, cada unidad temática, es susceptible de análisis profundos y vinculaciones con la vida real del que intenta aprenderlas. Y, a su vez, las relaciones de unas cuestiones con otras, «generan» nuevos descubrimientos, nuevas razones. Y éstas, progresivamente, nuevas preguntas que es preciso indagar y responder. Así nunca es cerrado el proceso de educación, como la vida misma, y, al mismo tiempo que se aprende, se aprende a aprender.

—Reflexión, práctica y diálogo

Lo que se ha llamado educación tradicional no sólo transmite una información que se aloja pasivamente, sino que —y precisamente por eso— convierte al educando en un ente pasivo. Lo inhibe frente a la realidad. Lo inmoviliza. Freire proclama lo contrario. Únicamente se aprende haciendo y reflexionando posteriormente sobre lo que se hace, para volver nuevamente a ha-

cer. Se trata, pues, de una visión rigurosamente dinámica del hombre y de la vida. Piénsese en un área sumamente deprimida de lo que hemos llamado tercer mundo. Informarse en ella de lo que la realidad *es*, lleva inmediatamente a lo que la realidad *debe ser*. La toma de conciencia —concienciación— empuja a cambiar esa realidad. Y la experiencia de esa transformación se hace nuevamente contenido de enseñanza.

Esto está estrechamente vinculado a otra de las líneas fundamentales de Freire. La educación sólo es posible dialógicamente. Se aprende dialogando. Por tanto, comunitariamente. Esto lleva consigo un puñado de implicaciones verdaderamente sustanciales. En primer lugar, no hay propiamente educadores y educandos. La propia dinámica del grupo sumerge a sus participantes en una situación en que todos enseñan y aprenden al mismo tiempo, teniendo como referencia máxima la realidad y la interpretación crítica de la misma.

Una concepción de la educación sobre estos supuestos es, evidentemente, una tarea que desborda un programa escolar concreto y los tradicionales planteamientos didácticos. Una «traducción» de Freire para convertir sus posiciones en criterios operativos para cada aula y cada día es ciertamente difícil. Tal vez por eso las experiencias pedagógicas que intentan reproducirlo, sobre todo entre nosotros, se ciñen la mayoría a situaciones paralelas y relativamente aisladas.

En contrapartida, su método, muchos de sus programas concretos y las intuiciones generales, son aplicables con fruto a otras instancias sociales de agrupación y objetivos comunitarios, sociales y políticos.

En cualquier caso, una lectura atenta de sus obras, permite incorporar a la práctica habitual de la enseñanza pautas de una gran fecundidad. ■

